

DIRECTORA:
SARA CASALVda. DE QUIROS
 Apartado 1239
 OFICINA mi casa de
 habitación N° 2730
 Teléfono 3707
 BARRIO: LA California
 Av.. 1ª Calles 27_29

== REVISTA ==
COSTARRICENSE

Suscripción Mensual
 —de—
 cuatro números
₡ 1.00

PUBLICACION SEMANAL PARA EL HOGAR

Bendecida y aprobada por Su Santidad Pío XI
 Con la aprobación de la Autoridad Eclesiástica

AÑO XVI

San José, C. R., Domingo 13 de Octubre 1946

No. 704



Los Buenos Libros

En la paz soñadora
 de las tranquilas horas solitarias,
 lejos del mundo su rumor inquieto,
 ¡qué compañía confortable y grata
 la de los buenos libros!
 En el silencio, el alma
 escucha con encanto
 la música inmortal de su palabra
 que puebla de visiones exquisitas
 y de armonía mágica
 la muda soledad. Los pensamientos
 que surgen de las páginas
 al corazón elevan; los espíritus
 sublimes del pasado en ellas hablan,
 la cumbre de la aldea, que no muere,
 en nuestras vidas encendiendo... Gracias,
 mi Dios, por el poder que al hombre has
 (dado
 de derramar en obras inspiradas
 la esencia de su ser para consuelo,
 deleite y enseñanza
 de quienes en los libros
 nobles amigos y maestros hallan.

Blanca C. Hume

Buenos Aires, XII - 1943.



El Corazón de Jesús y la Mujer

1—El Corazón de Jesús, Amigo de la Mujer

Vamos a mostraros el Corazón de Jesús amigo de la Mujer, según el Evangelio. Por eso, esta vez, vamos a explicaros en qué consiste la verdadera amistad, mostrándoos sus excelencias.

Dice Cicerón que la amistad verdadera es un don de los dioses. Y el Espíritu Santo dice que: "Nada hay comparable con un amigo fiel, ni hay peso de plata u oro que se pueda poner en balanza con la fe de un amigo verdadero, siendo su amistad un bálsamo en la vida y en la muerte; siendo dichoso el que encuentra un amigo verdadero" (Eccli. XI 15-XXV, 12).

En verdad, eso es tener una persona de nuestra entera confianza, de quien podemos estar absolutamente seguros, a la que podemos contar nuestros secretos, participarle nuestros gozos, confiarle nuestros pesares, encontrar pronto auxilio en nuestras necesidades, en fin que nos quiera desinteresadamente, es algo único, algo que no tiene precio.

Con frecuencia habréis tenido una amiga a quien habéis confiado vuestros secretos, comunicado vuestros secretos, comunicado vuestros planes, creyendo que siempre os sería fiel. ¡Qué desilusión tan gran-

de no habréis tenido, cuando la tal amiga, os hace traición y se convierte quizá en vuestra enemiga. Esta experiencia os hará entender lo que hubiera sido si esa amistad hubiera durado hasta la muerte. ¡Qué felices hubierais sido con tal amistad!

Vosotras las almas piadosas, si tenéis un confesor que os entiende, que os alienta, que os dirige, que se compadece de vosotras, ¿no os sentís muy desgraciadas, cuando ese amigo de vuestra alma, marcha para otra parte, o la muerte lo arrebatara de vuestro lado?

Pues vengo a proponeros un amigo, que nunca os abandonará ni os hará traición, que en vuestras penas os consolará, en vuestras necesidades os ayudará, en todas ocasiones estará de vuestro lado. Y ese Amigo, como El mismo ha ofrecido serlo, es el Corazón de Cristo, según lo vemos en el Evangelio, mostrando su amistad; no con palabras sino con obras.

La amistad es un amor doble entre dos personas, pero un amor desinteresado y recíproco. Para que la amistad exista es necesario que tanto uno como el otro sepa que es amado. La amistad no es unilateral. Se requiere que entre ambos haya cierta igualdad, y que haya mutua comunicación de los bienes de ambos.

El amor puede ser de dos clases: de concupiscencia, o amor interesado, o de benevolencia, o amor desinteresado. Si amamos un paquete de billetes de banco, es no por el billete mismo, sino porque con él podemos comprar tal o cual cosa. Y si el billete pierde su valor, no lo queremos para nada. Este amor se llama concupiscencia o interesado. El amor de benevolencia, en nuestro caso es lo mismo que el amor desinteresado, como el de una madre a su hijo, por ejemplo.

Para que haya verdadera amistad, es indispensable un amor desinteresado por ambas partes.

Esto supuesto os voy a dar un ejemplo: Una madre tiene en sus brazos a su hi-

SIMPLICITY

EL PATRON MAS EXACTO

EL MAS ELEGANTE

LO ENCONTRARA UD. EN LA

Tienda de **DON NARCISO**

jito recién nacido. ¿Hay amistad entre ambos? No. Porque sólo hay amor de un lado; del de la madre. Crece el niño y ama a su madre porque le da dulces, lo consiente, etc. ¿Hay amistad entre ambos? No. Porque el amor del hijo es interesado, aunque el de la madre no lo sea. Crece el niño y ama a su madre sin interés, la quiere con toda su alma. ¿Habrán ahora amistad? No. ¿Por qué? Porque no hay igualdad, entre la madre y el hijo. Ella está en un plano superior.

Habréis oído varias veces, que, cuando los hijos crecen, la madre debe de dejar de ser madre y convertirse en Amigo de sus hijos. ¿Qué se requiere para esto? Que deje su plano superior, que, en cierto modo se iguale con ellos, tratándolos como compañeros. Entonces si hay verdadero amor de amistad.

Supongamos una madre y su hija, verdaderas amigas, "sincronizadas", como decía una señora. Va la madre, amiga de su hija por la calle, y ve en un escaparate dos sombreros del mismo precio, supongamos \$ 20.00 uno que ni mandado hacer para ella, y el otro igualmente bonito para su hija. ¿Qué hace la madre no teniendo sino \$ 20.00? Compra sin dudarle el sombrero para la hija, quedándose ella sin nada. Pasa la hija amiga de su madre por la misma tienda y ve los dos sombreros, no llevando sino \$ 20.00. ¿Qué hace? compra el que le parece vendrá admirablemente a su madre. Llegan a casa y la madre regala a la hija el sombrero que para ella ha comprado y la hija hace otro tanto. El amor verdadero de amistad ha brotado glorioso, dando por fruto esa comunión de bienes. La hija cuenta a su madre sus cuitas, sus planes, sus ilusiones; la madre le aconseja como lo hiciera una amiga, le cuenta ella misma sus penas y la hija las siente propias.

Ahora creo que entenderéis bien lo que es el verdadera amor de amistad. Pues yo os vengo a proponer que hagáis amistad con Dios. ¿Pero no hay una diferencia infinita, entre Dios y nosotros? Pues por eso mismo, sabiéndolo Dios, que nos ama tan-

to, mandó a su Hijo, igual a El, que se hiciera hombre tomando todas nuestras miserias, menos el pecado. Y para que no temiéramos tratarle como "amigo", El mismo nos invita a serlo diciendo: A vosotros os he llamado mis amigos, os he comunicado mis secretos, lo que no se hace con un siervo sino con un amigo.

Pero para que haya amor de amistad, es preciso que sepamos que Dios nos ama. ¿Cómo lo sabremos? Por la fe. Y puesta la fe, en el Evangelio encontraremos las pruebas de ese amor, ya que "Obras son amores". Por consiguiente, si queremos penetrarnos del amor que Cristo nos tiene, para que, a nuestra vez nosotros lo amemos y haya amistad entre El y nosotros, nada hay como estudiar el Evangelio. Amigo médico, Amigo maestro, Amigo consuelo. Amigo defensor, Amigo admirador de la mujer.

No basta, sin embargo, "conocer" que nos ama, hay que "tratarlo" y este trato sólo se adquiere por la oración. Hablando con El, pidiéndole, contándole nuestras cuitas, suplicándole nos remedie nuestras necesidades. Eso es orar, y eso os voy a enseñar a poner en práctica, para que conociendo el amor que El os tiene, y habiéndolo tratado suficientemente, nazca en vosotros el deseo de ser sus amigas, como El os lo propone (en las palabras que me han servido de texto), cuando dice:

"Vos autem dixi amicos". A vosotros os he llamado amigos. Palabras que no excluyen a la mujer.

CONSULTORIO OPTICO "RIVERA"

Exámenes científicos de la vista
LENTE Y ANTEOJOS
DE TODOS LOS PRECIOS
Frente al Gran Hotel Costa Rica

Simi, Le Hebrea

¡Que hermosa eres!

Entre las buenas cualidades de Jacob tenía una rarísima entre los de su raza: el ser caritativo. Deseoso de comunicar a su hija esta hermosa virtud, solía poner en manos de la niña la limosna, y esta fué la ocasión q' Simi aprovechó para explicarse, sin pretenderlo, sus misteriosas memorias. La primera vez que esto ocurrió era un día de invierno en que llovía mucho y hacía mucho frío... Rebozada en miserables andrajos y apoyando en un báculo el cuerpo inclinado por la vejez, llamó una pobre anciana a la puerta del judío pidiendo una limosna por amor de Dios. Suelta y ligera como una ardilla bajó Simi la escalera y entregó a la anciana un pedazo de pan.

—¡Qué hermosa eres, "hija mía"! — le dijo la anciana; ¡"Dios" y la "Virgen" Santísima "te paguen" y te conserven tan buena y hermosa!

"¡La Virgen!" aquella palabra fué como una revelación para Simi, cuyo corazón dió un salto de gozo, y a cuya mente acudieron en tropel aquellos dulces recuerdos que tanto la perseguían.

—¡La Virgen!, pensaba la niña. ¡Yo he oído hablar de la Virgen!... ¡No sé cuándo ni a quién!... Yo no sé lo que es la Virgen;... pero era una cosa... así... muy dulce, muy bonita... una cosa... ¡qué se yo!... ¡así... como tener madre!

Y allá confusa e indecisa se dibujaba en su imaginación una figura de mujer blanca y hermosa, vestida de blanca túnica y manto azul celeste, cruzadas las manos delante del pecho, la mirada fija en el cielo.

—¡Jesús!, exclamó la anciana que no comprendía la suspensión de la criatura: parece que estás triste, hermosa niña.

Nuevo asalto del corazón de Simi, y nueva avenida de dulcísimas memorias, "Jesús", había dicho la anciana, y también había oído esa palabra, también le sonaba a algo muy tierno, muy dulce y muy bonito, y también entonces se estampaba en su

imaginación con la misma encantadora vaguedad la figura de un lindísimo niño de ojos negros y sonrientes labios, con un brazo echado al cuello de una mujer hermosísima, sosteniendo con el otro una bola, y rodeada la cabeza de resplandores.

—¡Ave María Purísima! ¡si no parece cristiana esa niña!... ¡Lástima, hija mía, que siendo tan linda y tan buena, no seas cristiana!

Simi clavó su negros ojos en el rostro de la anciana, como si le quisiera adivinar el pensamiento. ¡Le había oído en un momento pronunciar nombres que le sonaban tan bien! La Virgen, Jesús, María... ¿Qué desconocido encanto tenían para ella tales nombres, cuya significación ignoraba?... Además, había hecho con los dedos el mismo signo misterioso que tantas veces le prendió su padre.

—¿Qué cosa es la Virgen?

—La Virgen, hija mía, es nuestra Santísima Madre.

—¡Cómo!... exclamó asombrada Simi. ¿Usted tan anciana todavía tiene madre?

Sonrióse la mujer de la inocente pregunta, y respondió:

—Ella es la Madre de Dios y de todos los cristianos.

—¡Ah!... todos los cristianos tienen madre ¡y yo no la tengo!

—Sí, hija mía, la tienes; que la Virgen es madre de todos los hombres.

—¿De todos, de todos?

—De todos sin excepción.

—¿De los judíos también?

—También de los judíos.

—¿Y la ven los cristianos?

—La ven en sus imágenes y la verán en el cielo si son buenos.

—¿Y también los judíos?

—Los judíos no la ven, porque son malos hijos que no la quieren por madre.

—Yo quisiera verla.

—Pues hazte cristiana.

—¡Cristiana!... Dice mi padre que eso es ser mala.

—Eso, hermosa niña, es querer mucho a Jesús y María.

La voz enérgica de Jacob, que sospechando algo por la tardanza de la niña, se había acercado a escuchar, interrumpió la conversación. Simi subió la escalera tem-

blando al ver el ceño nubladísimo de su padre, que la reprendió con más aspereza que nunca, y le habló como nunca de "pecados". Calló la pobre criatura; pero en su interior escuchaba una voz que le decía.

—¡Pecado!... ¿Y por qué ha de ser pecado el desear tener madre?

Rezad el Rosario

Sin otra pretensión que la de hacer más patentes las muchas gracias que por intercesión de la Madre Santísima se nos conceden, mediante la devoción del Santo Rosario, quiero dejar consignados en estas líneas, hechos reales, verídicos, que prueban una vez más la misericordia de esta Madre tierna para todos sus hijos que recurren a Ella con la fe del creyente.

¿La Epoca...? No importa: fué en el período aciago de las cruentas luchas intestinas en nuestro México en que las pasiones Políticas, como torbellino incontenible, segaron tantas vidas inocentes; en que el odio de partidos Políticos escudado por un candidato cualquiera, saciaba sus odios personales en indefensos ciudadanos que en vano hubieran tratado de recurrir a la Justicia.

El Sr. M. Z. V., de honradez acrisolada, de convicciones religiosas en alto grado, de patriotismo exaltado en cuanto se refiere al amor y a la honra de la Patria, hallábase prestando sus servicios al Gobierno del Estado, del que fuera fiel, laborioso y honrado servidor, durante largos años de su vida profesional. Nombrado para desempeñar un puesto en el Departamento de Justicia en uno de los Distritos, vióse precisado a preparar su viaje, de un punto Fronterizo en que se encontraba radicado, al lugar designado por la Superioridad, para cumplir su cometido.

Ferviente católico, no desperdicia ocasión alguna para recorrer en silencio las cuentas de su viejo Rosario, que siempre lo acompañó mientras viviera. En el an-

dén de la vieja Estación, esperaba impaciente la salida del tren que debía conducirle a su destino, y en aquella mañana gris y fría, con presagios de tormenta, oíanse en el grupo compacto de pasajeros versiones nada tranquilizadoras para un viaje feliz.

El General X..., desconociendo al Gobierno legalmente constituido, habíase rebelado, merodeando con una partida de facinerosos a lo largo de la vía; describíanse, cuchicheando y con lujo de detalles, actos de verdadero vandalismo perpetrados por esta partida; crímenes cometidos con verdadero lujo de crueldad, por rencillas puramente personales; escenas de horror registradas en el asalto de los trenes, y otras mil cosas que dejaban entrever en aquel conjunto abigarrado el temor que les inspiraba el viajar obligados por circunstancias imprevistas.

Después de larguísima espera, el convoy se puso en movimiento. Compuesto de una serie interminable de furgones de carga, sólo tres coches de pasajeros, en pésimas condiciones, habían sido agregados para aquellos pasajeros; y en los cuales, materialmente apretujados, con incomodidades insufribles, se preparaban en comendándose a Dios, unos, maldiciendo otros; aquellos tratando de buscar, en el fondo de sendas botellas de Tequila, el calor que faltara en los coches, mientras escépticos miraban con completo desinterés todo aquello, sin importarles nada el porvenir.

El día transcurría con penosa lentitud, y el convoy, caminaba también con una lentitud abrumadora, dadas las pésimas

condiciones de la vía. La noche amenazaba a presentar indeciso y confuso el confín del horizonte al través de los cristales de las ventanillas, y una débil claridad luchaba desesperada por abrirse paso en las densas tinieblas que envolvían los coches; en donde, por miedo a presentar un blanco precioso en caso de asalto, sólo había diminutos farolitos o linternas, cuya luz mortecina dejaba al pasaje poco menos que en completas tinieblas.

El ruido fué decreciendo gradualmente al entregarse el pasaje a un sueño por demás intranquilo, y el Sr. M. Z. V., siguiendo su piadosa costumbre, empezó nuevamente a recorrer una a una las cuentas semigastadas de su antiguo Rosario. Reclinada la cabeza casi cubierta ya por la nieve de los años, en el cristal de la ventanilla de su asiento, sus labios musitaban quedamente, imperceptiblemente... **Dios te salve María, llena eres de gracia...**

¿Qué pasó...? no supo decirlo: despertó sobresaltado, envuelto en la más completa obscuridad; ayes de dolor se oían en todas direcciones mezclados con imprecaciones horribles; una confusión espantosa de abismo se adivinaba en aquellas tinieblas impenetrables, y tratando de incorporarse de su asiento que creía conservar, hizo vanos esfuerzos por ponerse de pie... Palpando febrilmente el lugar en que se encontraba, pudo adivinar en aquella obscuridad aterradora que se encontraba no sentado, sino completamente tendido a lo largo de lo que creyó de momento fuera el piso. Entre sus manos conservaba todavía su viejo Rosario.

La confusión en la obscuridad era terrible y en su cerebro galopaban las ideas de una danza macabra que le volvía loco. Cerró los ojos; con toda su fuerza procuró calmar su sobresalto dando una explicación a aquello que parecía imposible y después de un momento despacio, despacito volvió a entreabrirlos, como si temiera encontrarse con algo más espantoso todavía...

Sobre su cabeza pudo distinguir por una simétrica oquedad el magnífico brillar de las estrellas e incorporándose dificultosamente palpó..., palpó incrédulo la tersura del cristal de su ventanilla..., de la ventanilla de su asiento anterior...!

Con algún objeto de los muchos que sentía a su alrededor rompió el cristal, y con inauditos esfuerzos salió al exterior, observando con verdadera sorpresa que el coche en que viajaba estaba, como la mayor parte del convoy, volcado sobre uno de sus lados. El Express ardía furiosamente devorado por rojas llamaradas...; gente que corría alocada tratando de salvar a sus heridos...; seres que gritaban desesperadamente llenando el ambiente de tragedia; quejidos lastimeros de pobres infelices aprisionados entre la herrumbre de varillas retorcidas; cuerpos inmóviles en cuyos rostros se pintaba todavía, el rictus doloroso de una muerte espantosa...

El... ¡leso!... sin un solo rasguño, sin una sola contusión que le produjera la más ligera molestia!...

¿UN MILAGRO...? ¡Sí, un milagro de su santo y viejo rosario!

A través de los años, el recuerdo imprecadero de esta gracia especial de la Madre Santa perdura latente en mi memoria. Cuando al calor del hogar platicaba enternecido todavía de este milagro de su devoción a la Virgen, solía decirnos con dulce fe, con persuasión afable... **REZAD EL ROSARIO...**

Joyería MULLER

La más antigua y acreditada Joyería, donde encontrará Ud.: Relojes de las mejores marcas, joyería finísima y artística.

Preciosos regalos para bodas.

Soñar la Vida

(Continuación).

Por Carmen de Icaza

por "las aguas dulces de Asia", por "las aguas dulces de Europa", por la Mármara, o el Cuerno de Oro, o que, audaces, nos acerquemos al Mar Negro, nunca se nos acaban los temas de conversación. Todas las impresiones que los años al deslizarse han ido dejando en mí, toman de pronto forma y me saltan espontáneas a los labios. Si yo he sido siempre "una fuente sellada", ahora brota de mí misma a borbotones.

Pero no es sólo el pasado lejano el que nos brinda sus evocaciones. El reciente nos apasiona mucho más. Y así Ali me ha ido haciendo conocer y comprender a Mustafá Kemal, el hombre extraordinario que supo ser guerrero y político, liberador de Turquía, con las armas en la mano y liberador de su pueblo a golpes de leyes revolucionarias.

—Mira, quisiera que conocieras en Ankara la impresionante estatua ecuestre del Gazi. En su frente, dos combatientes avanzan con la mirada fija en ese campo, donde tuvo lugar la batalla de Sakarya. Una mujer, una aldeana de Anatolia, junto a los hombres, lleva un obús en la espalda. Recia, de pie, con el rostro descubierto, encarna a la vez el espíritu de renovación de la raza turca y la voluntad de libertad de un pueblo acosado de enemigos.. Ankara estaba entonces amenazada a muerte por los griegos. En un segundo frente atacaban los franceses. Los armenios guerrilleaban sin cesar. Y la escuadra británica surgía por sorpresa en Constantinopla. Pero el Gazi, por encima de guerrero victorioso, es el gobernante que acabó con el poder espiritual y temporal de los sultanes jalifas, que explotaban el fanatismo para fines políticos. Con el mundo de los intrigantes levantinos de la corte. Con el fez que igualaba a todos los habitantes del Próximo Oriente. Mustafá Kemal es el hombre que turqueizó a Turquía. Que, con la implantación del calendario internacional, del abecedario latino, en vez de los caracteres

árabes, de los nuevos Códigos, que protegen particularmente los derechos de la mujer, destruyó esa secular muralla que encerraba con su enrejado infranqueable al pueblo turco y abrió paso a la cultura occidental. Y el Gazi es también el hombre que en una Nochebuena memorable hizo al Mundo el magnífico regalo de la abolición por Decreto del tráfico clandestino de estupefacientes...

Esta tarde, mientras ante nosotros desfilaban las riberas orladas de árboles gigantes, de praderas en flor, con sus solitarios quioscos de mármol, volvimos a hablar de Jaime y de Virginia.

—Hasta anoche no me atreví a afrontar el asunto —me confía Alfonso—. Y felizmente, creo que me he atormentado en vano. Todo acabará cuando ella marche.

—Es verdad, hemos de partir pronto.

Una mano tapa mis labios.

—No hablemos de eso.

—Pero es la realidad. ¡Demasiado tiempo llevamos aquí!

—¿Te ha parecido largo...?

—Tú sabes que no —le miro en los ojos—. Pero no va a haber más remedio que arrancar.

—¿Y entonces...?

Yo vuelvo a mirarle. Su rostro, que los recientes dolores han afinado todavía, se ha ensombrecido.

—¡Un año enyesado...!

Y yo le animo:

—A tu vez puedes coger un avión. Puedes venir a verme.

Sus extraños ojos orientales se pierden a lo lejos.

—Me gustaba Istambul teniéndote a mi lado...

Y yo, con espontánea coquetería:

—¿Quieres que me quede?

El me ha mirado, sin decir nada.

XXXII

En sus memorias, la emperatriz Elizabeth, esa "Zizi" que Marrés llama "la empera-

triz de la Soledad", dice algo parecido a esto: "Vivimos tan de prisa, tan hacia afuera, que no tenemos tiempo de llegar hasta dentro de nosotros mismos. Yo podría simbolizar mi vida en la de una aldeana de Taelz que vi una vez distribuir la comida a los mozos. Como tenía que llenar constantemente los platos de los demás, el suyo se quedó vacío..."

Esto me ha pasado a mí hasta ahora. Y por eso no me atrevo a creer que alguien se preocupa de llenar hasta los bordes mi plato olvidado.

XXXIII

Alfonso ha recaído. Más agudos, se han vuelto a presentar los dolores. Jaime, lleno de preocupación, ha hecho venir un famoso especialista de Ankara. Después del reconocimiento, que ha sido largo y minucioso, me ha dicho, brevemente:

—No hay más remedio que operar.

—¿Y quedará bien?

—Eso parece...

¡No hay más remedio que operar!

Me he hecho anunciar a Alfonso Tábara. Cuando entro, lo encuentro contemplando el Bósforo con ojos opacos. Me he sentado a su lado en el *shanichir* y le he cogido la mano.

—¡Ya sabes...! —me ha dicho, en voz baja.

—Me alegro que Dios haya tomado el asunto en sus manos...

—Ha dicho el profesor que, a lo sumo, seis meses.

—Es igual... —en los ojos que miran el mar hay una sorda desesperación. Su mano en la mía descansa inerte.

—Alfonso —le digo—. ¿Tú crees que yo, en verdad, podría servirte para algo?

—¿Servirme...?

—¿Que mi compañía significaría algo para ti?

Su mirada me envuelve en ternura.

—¡Qué loca eres! —dice.

—¿Loca? —repito—. ¿Por qué?

El sólo mueve la cabeza.

—Y pensar que si yo consintiera, quizá fueras capaz...

—¿De qué...?

—De venirte conmigo.

Una larga pausa, y después?

—¿Por qué, Teresa, por qué?

—¿No lo sabes? —le pregunto.

—No quiero saberlo.

—¿Y si yo me empeño...?

—Sería un crimen. También puedo no sanar.

—Te ofrezco mi vida al por mayor. No al detalle.

—No me tientes.

Los dos, callados, miramos las aguas azules, estriadas de gris.

—¿En calidad de qué vendrías conmigo?

—¡De lo que tú dispongas! —quisiera decir, valiente... Pero de nuevo mi timidez:

—Soy enfermera diplomada y una buena enfermera, te lo aseguro.

Y para quitar importancia a mi insensato ofrecimiento:

—Durante la guerra he cuidado a cien soldados heridos. Quiere decir que cuidaré a otro soldado herido de España...

—No me tientes —repite Alfonso Tábara—. Después de todo, aunque roto, no soy más que hombre...

XXXIV

Necesito de la ayuda de Julia Benavides. Es la única que puede comprenderme y la única que puede lograr lo que yo sola quizá no consiga.

He ido a verla. Y ante sus ojos bondadosos he intentado poner en palabras todas esas sensaciones que han ido formando mi gran sentimiento. Ella me escucha sin interrumpirme. Y su atención comprensiva ha facilitado mi confesión.

—El siente por ti una gran veneración —termino—, y yo vengo a pedirte que emplees tu ascendiente en que me acepte a su lado.

—¿En calidad de qué? —me pregunta, como Alfonso, mirándome muy fija, Julia Benavides. Y ante mi mirada inquieta:

—Te he visto una vez hacer una locura. Pero entonces sólo te jugabas la vida. Hoy se trata de algo más.

—¿De: qué?

—De tu posible felicidad.

—No comprendo.

—Julia, maternal, me ha cogido una mano.

—Resa, hija mía, tú eres una mujer sana, normal y tienes derecho a una dicha normal y corriente.

Yo me encojo de hombros.

—Comprendo mejor que nadie la impresión que la amistad de un hombre como Tábara tiene que haber causado en una hipersensible como tú, en una romántica con pretensiones de sensata (que son las peores). Estás bajo el hechizo de todo este ambiente. Y bajo la fascinación dolorosa y fuerte de nuestro desventurado Tábara.

—Pero no me has dicho tú misma que si tú hubieses estado en mi lugar...

—Me refería, así y todo, a un estado de cosas seminormales. Si vienes a contarme que Tábara, tal y como se encontraba de salud aún hace ocho días, quería casarse contigo, probablemente te habría aconsejado en su favor. Pero esto es completamente distinto. ¡Eres tú quien te empeñas en introducirte en su vida!

—Pero si él no puede... —intento interrumpirla.

—Yo te conozco y sé que obras a impulso de una infinita generosidad. Pero date cuenta de que eres tú la que, aprovechando momentos de terrible desconcierto en su ánimo, quieres ocupar junto a él un sitio que no está claramente definido.

—¿Me reprochas al que me brinde a ser su enfermera?

—Si no hubiese entre vosotros esa especie de amistad amorosa, poco tendría que objetarte. ¿Has acudido a mí como a una amiga de experiencia, casi pudiéramos decir como a una madre, verdad? Pues yo tengo que hacerte ver que allá en España tienes tu vida encauzada, si no brillante, al menos dignamente, resuelta, y que aunque estoy segura de que Tábara sabría recompensar tu sacrificio...

—¿Cómo puedes hablarme así? —le digo, dolida.

—A Don Quijote tampoco le gustaban las reflexiones de Sancho —y con dulzura—: Mira, Resa, siento hacerte daño, pero

es por tu bien. Te he hablado del caso en que honradamente fueras a ocupar junto a Tábara el puesto al que puedes aspirar como enfermera de profesión. Pero hablemos ahora del asunto tal y como es en realidad.

—¿Vas a decirme cosas peores? —digo con amargura.

—Sí, voy a decirte cosas peores. Quiero suponer que Tábara está enamorado de ti. No tiene nada de extraño. Sobre todo si se tiene en cuenta que lleva años y años sin tratar algo seguido a ninguna mujer. Que tu condición de española, tu inteligencia, tu bondad innata, han podido ser factores decisivos. Pongamos por caso que te valora en lo justo y que el día feliz en que se encuentre curado te ofrezca, como recompensa a tus desvelos, una corona ducal y una gran fortuna; ¡todo habrá terminado, como en los cuentos de hadas o en las novelas rosa! Pero en la vida no suelen suceder cosas tan extraordinarias. Y yo tengo que hacerte ver que es muy posible que no se cure; que, desgraciadamente, es probable que su estado empeore. ¿Cuál va a ser entonces tu situación?

Vuelvo a encogerme de hombros.

—El mundo, como siempre, habrá dado desde un principio la peor interpretación a tu actitud —sigue implacable mi antigua jefe.

—¿La peor interpretación...?

—Claro. Y pudiese ser que un día hasta el mismo Alfonso ilegase a dudar de tu desinterés —yo la miro, incrédula—. ¡Déjale correr su suerte! ¡Deja que, si mejora, y si está realmente interesado, sea él quien vaya por ti!

—¡Y que pase otra vez solo por esta prueba terrible...! —me rebelo—. No, Julia; aunque destroce lo que tú llamas mi porvenir, aunque el mismo Alfonso dude del gesto loco que, por lo visto, no puede permitirse una pobre e insignificante señorita Sandoval, yo he de empeñarme en ello. Porque cuando me necesita es precisamente ahora. ¡En las duras horas que le aguardan! Después... No me preocupa. ¡Dios dirá!

Julia me mira, conmovida.

—Eres una insensata... —dice, pero su tono es más blando.

Y entonces yo, impulsiva, le he dicho toda la verdad. Le he confiado mi secreto, con prohibición absoluta de que él lo conozca. Pero Julia se ha puesto en pie de un salto.

—¡Pero cómo no vas a decírselo! ¡Si ese es tu argumento supremo! ¡Acabar de un solo golpe con todas las suspicacias y demostrarle hasta dónde le quieres!

—Prefiero que lo adivine. Y que se haga la ilusión de que de nosotros dos es él quien aporta más...

Y Julia me ha abrazado con emoción.

—Perdóname. ¡Cómo he podido dudar de ti! ¡Olvidarme de que te he visto avanzar con alegre heroísmo bajo las balas para salvar a un hombre, a quien no conocías! Somos tan mezquinos, que nos cuesta trabajo creer en lo más difícil, en lo más noblemente fantástico... Pero, Resa Sandoval o como te llames, ahora sí he de ayudarte a salirte con la tuya.

XXXV

Alfonso me ha recibido en la biblioteca. Su silla de ruedas, que hace trasladar de un lado a otro, y que, según el estado de su dueño, se extiende o se repliega, parecía una camilla lujosa. Su rostro era tan patético, que me ha hecho daño. Sólo en el rictus de sus mejillas he adivinado su lucha interna.

Y, como siempre, me he deslizado junto a él.

—¿Por qué te empeñas en un imposible? —me ha dicho—. No me hagas más doloroso mi destino.

Y yo, con el mismo tono de aparente convicción con que ensalzaba mi mercancía:

—Eres tú mismo el que está complicando las cosas. El que, en efecto —he sonreído levemente—, a fuerza de imaginación, las está sacando de quicio. Me temo que te hayas también fabricado una Resa Sandoval para tu uso particular. Duque de Tábara, vamos a hablar sensatamente, ¿quieres? He reflexionado y vengo a ofrecerte en concreto algo que puedes aceptar sin preocupación alguna.

—¿Y es...?

—Un año de mi vida.

Alfonso Vivanco me ha mirado muy serio.

—¿A cambio de...?

Y yo he seguido fríamente:

—De tu afecto, de tu aprecio, de tu confianza. Yo ya no soy muy joven. Para salir adelante he tenido que luchar duramente. Los míos ya no me necesitan bajo ningún aspecto. Ningún hombre se ha interesado jamás por mí. También yo sé de soledad. No hay nada de sublime en lo que vengo a proponerte. Simplemente, que intentemos hacer de nuestros dos vacíos, de nuestros dos desamparos, un algo fuerte y bueno. Un algo pleno de mutua comprensión... Hoy me toca a mí ofrecerte mi hombro para que te apoyes. ¿Quién nos dice que si esta prueba afianza nuestra amistad no necesite yo mañana de tu ayuda...?

Alfonso Tábara, conmovido, me ha tendido gravemente la mano.

—Tú mereces que nos salga bien...

XXXVI

Me he tumbado en la cama. Un frescor salino penetra por la celosía. El agua murmura a mi vera. Yo tengo los ojos cerrados. Y en mis labios, cerrados también, hay una sonrisa muy leve. De dicha infinita. La siento resbalar por mis mejillas. Por mi cuello. Inundar mi pecho. Cubrirme en ondas de beatitud, hasta la punta de los pies. Como esos hilos de plata que caían de las sienes sobre el traje blanco de la novia gitana de Mogosoia.

XXXVII

Nunca me he vestido con esta especie de unción. Miro en torno mío. ¡Mi cuarto! Levemente acaricio las tallas doradas. Fuera, plácido y despierto, como un gran reptil fulgurante y amigo, ¡mi mar!, y abajo, esperándome impaciente, los ojos nostálgicos y la boca dura...

Juan Iraeta, nunca soñaste un cuento tan bello...

(Continuará).

El Rosario de mi Madre

De la pobreza de tu herencia triste
sólo he querido, ¡oh madre!, tu rosario:
sus cuentas me parecen el calvario
que en tu vida de penas recorriste.

Donde los dedos al rezar pusiste,
como quien reza a Dios en el Sagrario
en mis horas de errante solitario
voy poniendo los besos que me diste.

Los cristales prismáticos y oscuros,
collar de cuentas y de besos puros,
me ponen, al dormir, círculo bello,
y de mi humilde lecho entre el abrigo
¡me parece que tú rezas conmigo,
con tus brazos prendidos a mi cuello!

Salvador Rueda.

De El Oratorio Festivo.

Pío X y la Prensa Católica

¡Ah, la prensa! No se comprende todavía su importancia. Ni los fieles ni el clero se sacrifican por ella como sería necesario. Los viejos dicen algunas veces que es una obra nueva, y que antes se salvaban muy bien las almas sin necesidad de ella. Antes sí, antes. Pero estos no se fijan que antes el veneno de la mala prensa no estaba extendido por todas partes, y, por consiguiendo el contraveneno de la prensa sana no les era igualmente necesario. Pero no se trata

de antes, sino de ahora. Y bien, es un hecho que ahora el pueblo cristiano es engañado, envenenado y perdido por los impresos impíos. "En vano construiréis iglesias, predicaréis misiones y edificaréis escuelas; todas vuestras obras, todos vuestros esfuerzos serán destruidos si no sabéis manejar al mismo tiempo el arma defensiva y combativa de la prensa social, leal y sincera".

De: El Oratorio Festivo.

¿Qué necesidades llena el Seguro de Vida?

Su familia debe seguir haciéndole frente a las exigencias de la vida, aun cuando Ud. falte. Los suyos necesitarán siempre:

- * ALIMENTACION ADECUADA;
- * VESTIDO APROPIADO;
- * CASA CONFORTABLE
- * ATENCION MEDICA;
- * EDUCACION DE LOS NIÑOS

La póliza ordinaria de vida se adapta al hombre que desea proteger a su familia apartando una pequeña cantidad de sus entradas, ya que las primas que se deben pagar al Banco son muy bajas.

La póliza ordinaria de vida goza de dividendos anuales que pueden cobrarse en efectivo o acumularse al monto del seguro, y ofrece muchos otros beneficios.

Llame al teléfono 5800 o escriba a la Sección de Ventas y con gusto ampliaremos los informes y estudiaremos su caso particular.

¡Tenemos un plan de seguro para cada persona!

BANCO NACIONAL DE SEGUROS Fundado en 1924

A la Juventud Costarricense

La Castidad y la Ciencia

"La objeción con bastante frecuencia presentada por personas superficiales, según la cual la represión del instinto sexual causa un estado enfermizo, carece de todo fundamento, **Todavía ningún médico ha podido constatar enfermedades cuya única causa haya sido no dar satisfacción al instinto sexual.** Un médico concienzudo nunca ha afirmado ni ha podido afirmar que el hombre sano para conservar la salud necesita ejercitar el instinto sexual. La secreción de humores, que sufren de vez en cuando hombres de vida pura y que los analfabetos consideran algo enfermizo, es a saber, la llamada polición, de ninguna manera es fenómeno morbosos. Es un vaciarse comple-

tamente natural. Todavía nadie ha enfermado — y lo subrayo con insistencia — por llevar una vida pura".

Dr. Med. H. Paull.

De su libro: "Fuerza de teutones y cuestión sexual".

Las exigencias de la moral religiosa concuerda perfectamente con las exigencias de la higiene. Aún más, he de manifestar, que la moral religiosa recibe justamente en el campo de la vida sexual, su prueba más contundente de las afirmaciones de la higiene". El mismo autor.

De' El Oratorio Festivo.

POCO A POCO

A Guillermo le preguntó su padre si podría sacarle copia de una cantidad de papeles escritos que estaban encima de su escritorio, y Guillermo respondió:

—Yo no puedo.

A Julián le hizo la misma pregunta y Julián asustado de ver todo lo que había que copiar, exclamó:

—¡Imposible!

A Pedro le propuso el mismo trabajo y Pedro preguntó:

—¿Para cuándo necesitas tú las copias?

El padre dijo:

—¿Por qué me lo preguntas?

—Te lo pregunto —respondió Pedro— porque yo no puedo copiarte todo en un

día, ni en dos, ni en tres; pero el año tiene 365 días. De manera que yo me comprometo a hacer las copias, pero tienes que darme el tiempo necesario.

—Así que tú, poco a poco... —dijo el padre.

—Poco a poco todo se puede hacer —exclamó Pedro.

El padre contempló un momento a Pedro, y luego dijo:

—Yo no necesito copias; quería saber cuál de mis tres hijos es el que irá más lejos en la vida... ¡Ahora ya sé que eres tú, pero es preciso que los otros dos también conozcan el secreto del triunfo!

Constancio C. Vigil. ("Alma Nueva")

BETTINA DE HOLST HIJOS

LE OFRECEN:

Gran variedad de artículos para bebé, juegos bordados en todo color de cotoncitas y gorros, juguetes etc. Gran surtido de pañuelos bordados, y de lino. Lentejuelas de todo color y clase. Elásticos de seda.

Ya no sabemos esperar

Antiguamente los noviazgos duraban muchos años. En realidad hoy también los duran, pero no en aquella proporción. La vida moderna, con su febril actividad, apresura todas las cosas, nos hace impacientes, y nos ha quitado la preciosa cualidad de saber esperar. Nosotras las mujeres somos las más perjudicadas en este sentido. Más de una buena oportunidad perdemos por no saber esperar. Supongamos que un hombre que nos declara su amor y que tiene las buenas intenciones de casarse debe, previamente, formarse una posición que le permita afrontar las obligaciones del matrimonio. Si en el pueblo donde vivimos ese hombre no tiene horizontes, emigra, se va hacia otros lugares en los que pueda trabajar para dar cima y realidad concreta a sus ideales.

Este solo hecho, esta ausencia forzosa, ya es motivo suficiente para que nuestras amistades comiencen a hablar de que Fulano no volverá más y se olvidará por completo de su novia. Se basan nuestras amigas en que otros hombres han hecho lo mismo.

Es tan fuerte la convicción de las otras, que pronto no más nos hallamos ampliamente contagiadas y, desoyendo los dictados del amor, damos crédito a la murmuración de la gente, casi nunca bien inspirada, y rompemos con nuestro novio. No estamos dispuestas a perder varios años de nuestra vida en una espera que a lo mejor no conduce a nada. ¿Hicimos bien? ¿Hicimos mal?

Para la mujer, tan sujeta a los prejuicios y a los convencionalismos sociales, esperar, sin una seguridad absoluta de que no lo hace en vano, es un problema terrible. ¿Qué será de ella si después de cuatro o cinco años de espera le llega la noticia de que su novio se ha casado con otra? ¿Comenzar su vida de nuevo?

Pero, ¿y con quién? ¿Acaso la mujer está habilitada para elegir y declararse al hombre que ha de ser su esposo? He ahí una vida rota, perdida para siempre por la falta de palabra de un hombre, o por la credulidad ingenua de una mujer que fió ciegamente en aquella palabra. Está planteado el dilema: en cualquiera de las dos formas que la mujer lo encare puede perjudicarse, pero también puede beneficiarse, porque otra suerte suele estar destinada para ella. La felicidad es algo tan esquivo, que para conquistarla hay que estar haciendo equilibrios y cálculos años enteros. Al referirme al comienzo de estas líneas a que ya no sabemos esperar, he querido concretarme a un período de tiempo relativamente breve, porque hoy la vida así lo impone.

Quiero decir que ni siquiera eso sabemos hacer: esperar poco. Llevamos en el cuerpo y en el alma la endemoniada actividad de la hora moderna, y para nada, desgraciadamente, tenemos paciencia. ¡Es tan raro ver hoy a aquellas — hace todavía muy pocos años — gentiles prometidas, que junto a la ventana de su hogar tomaban las agujas de tejer y pasaban horas enteras absortas en esa labor, esperando que pasara

Para sus BUENOS LIBROS

La Librería Las Américas

Avenida Central

Teléfono 5507

el tiempo, los días y los meses, a fin de que llegara la anhelada hora del casamiento!

De esas mujeres ya quedan pocas, muy pocas. Hoy la niña que está de novia, aunque su prometido se halle ausente, vive en las piletas de natación, en las salas cinematográficas, en los clubs femeninos, aceptando, muchas veces el homenaje de otros hombres. ¿Quién duda que esto puede lograr la felicidad?

Estamos dominadas por el espíritu de la época, marchamos ciegas hacia no sabemos

dónde. Marchamos así porque somos egoístas y no queremos perder un solo minuto de nuestra vida sin divertirnos y gozar del mundo. Ignoramos o le tenemos miedo al sacrificio. El deber nos aterra, porque nunca llegaremos a comprender que por el dolor nos purificamos y nos conciliamos con Dios. Queremos que la dicha llegue hasta nosotras en una forma fácil, sin siquiera muchas veces —y esto es lo triste— haberla merecido.

Mélida H. de Vila.

Ramón Castellá Marsol

Profundamente sentido por sus numerosos amigos y familiares ha sido el fallecimiento del caballero don Ramón Castellá, persona sumamente apreciada por sus grandes méritos, un gran trabajador, de honradez acrisolada; formó su hogar con doña Carmen de La Torre, costarricense, cuya vir-

tud hizo la felicidad del hogar que llora hoy profundamente la partida eterna del ejemplar esposo y padre. Que Dios les dé cristiana resignación a su afligida esposa e hijas son nuestros mayores deseos. Rogamos enviar oraciones por el eterno descanso del alma de don Ramón.

Don Alfredo Ramírez Brenes

El fallecimiento de don Alfredo Ramírez ha sido una verdadera pérdida para la Iglesia Católica en Costa Rica, pues era don Alfredo un católico de verdad, amaba a su Dios con todo su corazón y no omitía sacrificios para ayudar a todas las obras que daban vida a su Religión. Era un hombre práctico, sabía de ingeniería, de construcciones, de todo y eran sus consejos tan acertados que siempre se pensaba en don Alfredo para consultarlo en los asuntos más difíciles en obras de beneficencia; desinteresado, fino, suave, bondadoso, sin pretensiones de ninguna clase, su humildad era tan grande que no reconocía sus méritos personales. Trabajó mucho, pero su generosidad no le permitió acumular ningún capital, pero, lleno de méritos ante Dios, confortado con los Santos Sacramentos,

Unió su vida a doña Estercita Arias de

Ramírez, señora muy virtuosa, Terciaría Franciscana, cuya piedad nos sirve de ejemplo. En este hogar modelo de vida cristiana han crecido sus numerosos hijos que honran a sus padres y donde el Corazón de Jesús y la Santísima Virgen reinan en todos los corazones. Dios los premió, enviando la vocación religiosa a una de sus hijas, Religiosa Oblata al Divino Amor, es decir adoratriz de Jesús Sacramentado. ¡Qué consuelo más grato puede tener tan santa Madre como Estercita, en estos momentos de dolor por la partida de su querido esposo, sabiendo que su hija la escogió Jesús Sacramentado para que lo adorara por los que le dejan abandonado!... De todo corazón nos unimos al dolor de tan distinguida familia. Rogamos enviar oraciones por el eterno descanso del alma de don Alfredo.

RECETAS DE COCINA

Gelatina de Pescado

Se pone en una cacerola de cocinar pescado un poco de agua, una zanahoria y, una cebolla cortada en ruedas, dos puerros y perejil finamente picado, una hojita de laurel, otra de tomillo, sal y pimienta, un vaso de vino blanco y se pone a cocinar hasta que hierva bien y las zanahorias estén suaves; entonces se echa el pescado lavado y escamado y se deja cocinar hasta que esté suave; mientras se cocina el pescado se ponen a remojar 6 hojas de gelatina marca oro; cuando el pescado está suave se saca con mucho cuidado y se coloca en una fuente de servir pescado; al caldo en que se cocinó el pescado se le saca las zanahorias y se cuele en una servilleta mojada y torcida y se vuelve a poner en el fuego, cuando hierve se retira del fuego y se le echa las hojas de gelatina bien exprimidas, se prueba para saber si tiene buen gusto y se vierte sobre el pescado y se lleva a la nevera para que se enfríe bien y se corta la gelatina; cuando la gelatina está cortada se adorna con ramitas de perejil, rabanitos pelados en forma de rositas y se sirve con una salsa mayonesa.

Salmón Arrollado

Se maja bien con un tenedor el conte-

nido de un tarro de salmón colorado y se mezcla con $\frac{1}{2}$ libra de pescado mero cocinado en agua con sal, sin espinas y bien molido, se le agrega una cucharada grande de mantequilla derretida y fría y un cuarto de vaso de natilla fresca, (crema de leche) sal y pimienta, y 3 huevos bien batidos, se mezcla todo muy bien. En la tabla de amasar se extiende un pedazo de mantita mojado y torcido, encima se le pone un papel de esperma untado de mantequilla, se espolvorea con polvo de pan tostado y encima se extiende el pescado preparado y se adorna con zanahorias y papas cocidas y cortadas en pedacitos, huevos duros cortados en rueditas y unas alcaparras, se arrolla primero lo preparado en el papel y luego se envuelve en la servilleta dándole la forma de un cilindro, se amarra en los extremos y en el centro con un cáñamo. En el fuego se pone una olla con suficiente agua, laurel, tomillo, perejil, sal, pimienta y unas zanahorias peladas y cortadas en pedacitos, cuando hierve esta agua se echa el pescado y se deja cocinar una hora, luego se deja enfriar, se desenvuelve con mucho cuidado, se coloca en un platón y se baña con una rica salsa de tomates y se adorna con huevos duros partidos por la mitad y con los bordes piquiados.

FARMACIA Dr. M. FISCHEL

TELEFONO 4877

EXISTENCIA PERMANENTE DE PENICILINA,
SUEROS Y VACUNAS

Esmerado Despacho de Recetas. Servicio inmediato a domicilio. En la Farmacia Fischel siempre encuentra lo que busca

**¡Alabado, adorado, amado, sea el Corazón Eucarístico de Jesús,
en todos los instantes, en todos los tabernáculos!**

COMPRE LOTERIA NACIONAL

Es la que ofrece más probabilidades de obtener premios de sumas considerables. Además, si se es patriota, debemos apoyarla, pues su producto es para sostener los gastos, aumentar las comodidades, y poner nuestro Hospital San Juan de Dios cada día en mejores condiciones para servir a los costarricenses.

Aproveche

LAS FACILIDADES QUE EN SU

SECCION DE AHORROS

LE OFRECE EL

Banco de Costa Rica